

Reconocida orfebre del arte del cuento, una **Lydia Davis** en estado de gracia demuestra con su única novela cómo la ficción puede hacernos comprender algo tan sutil como el amor

Una lúcida disección de los entresijos del amor

por **GONZALO TORNE**

Lydia Davis (Northampton, Massachusetts, 1947) publicó esta novela en 1994 y diez años después Alpha Decay la traducía en castellano, de manera que ya no puede tratarse como una novedad. Pese a ser su primera novela, Davis ha protagonizado una prolongada y celebrada carrera como autora de relatos (recogidos por Seix Barral), de manera que sería un disparate abordarla como si fuera una debutante. Por si fuera poco la contraportada del libro acumula citas de críticos y colegas contrastados: Joyce Carol Oates, James Wood, Rodrigo Fresán, Sabina Urraca o Enrique Vila-Matas, que expresan pensamientos muy elogiosos, sensatos y precisos. De manera que ni mi lectura debería fingir sorpresa ni esta crítica presentarse como un descubrimiento. Pero sí conviene insistir, siempre conviene en estos casos, en que *El final de la historia* es una pequeña obra maestra.

Davis cuenta la historia de amor entre una profesora y un alumno 12 años menor. La precisión es importante en este caso: la mujer tiene 35, y el hombre ha rebasado ya los 20. La novela empieza por el final: cuando acaba el amor y empieza su recuento, el relato. Asistimos así a la última vez que la mujer ve al hombre, aunque el trastorno de su amor siga activo.

El final de la historia progresa a ojos del lector como una absorción. Una triple absorción. Por un lado tenemos el impacto que sobre la mujer ejercen los nuevos datos (impresiones físicas, emocionales, de carácter y económicas) que descubre de su amor a medida que lo va conociendo. Con estas impresiones parece iluminar la zona de sombras que nos ofrece cualquier desconocido, aunque a menudo se resuelvan en reordenaciones. Conocer a alguien pasa por desvelar sus sombras (de una manera urgente e inquieta si hemos decidido amarle): lo hemos sabido siempre pero pocas veces se ha expuesto con tanto detalle y precisión como hace aquí Davis.

Una segunda absorción es la del mundo que rodea al amado. El juego de amistades, obligaciones contraídas, familia y pasado que cualquier ser vivo arrastra. La trama de la edad, el coche, los gustos, la casa donde se vive y las expectativas. Un pulso entre absorber y resistirse a ser absorbido (ese seguir siendo uno mucho después de empezar a presentarse como dos) que las novelas de amor suelen pasar por alto.

La tercera absorción afecta a los propósitos de la mujer, resuelta a emplear su amor como material para una novela. Asistimos así a cómo la ficción captura los hechos y las palabras

recordadas. La novela examina el filtro que colorea, ordena, altera y dispone los recuerdos, al estilo de esa *guitarra azul* de Wallace Stevens donde «las cosas como son se modifican».

Por mucha verdad que exija el lector y muy comprometida que este la escritora con la sinceridad, escribir requiere una selección y un orden arbitrarios, o por lo menos deliberados, con los que se ofrece apenas un relato posible de las decenas que podrían elaborarse con el mismo material vivido. Pocas novelas he leído más conscientes de la cocina del relato, que se entreguen de manera tan abierta a «contar cómo se está contando». Un ejercicio en el que tantos colegas se precipitan al ridículo y que Davis convierte en un fascinante manual sobre las incertidumbres de la narración.

Pero si algo distingue *El final de la historia* es la calidad de mente de su narradora. Una inteligencia de primera, lúcida, aunque dubitativa y responsable de sus acciones. Envuelta de problemas cotidianos y sensible a la naturaleza, incluso cuando no hay demasiado que ver. Dedicada a explorar con meticulosidad el pasado de su amor, acumulando (casi atesorando) toda clase de detalles, de calidad e interés desigual, a la espera de que se combinen en el orden adecuado para desprender algo de sentido. Su mirada es fría, de un erotismo gélido, pero de la minuciosa exploración y reconstrucción de gestos y palabras termina por emanar una conmovedora y frágil ternura.

Un amor que parece algo tenue visto desde fuera, pasajero, sencillo de superar, que no responde a una gran pasión, ni a momentos particularmente felices ni a una penetración de los caracteres. Y quizás por todo esto se vuelve más urgente inspeccionar la perplejidad de que un amor así la aturdiese y la siga perturbando. ¿Por qué nos atrae una persona? ¿Por qué nos quedamos con ella? ¿Por qué no podemos sacarla de nuestra mente incluso cuando ha dejado de interesarnos? **L**



LYDIA DAVIS
EL FINAL DE LA HISTORIA
Traducción de Justo Navarro.
Alpha Decay. 224 páginas. 20,90 €

NO CONFUNDIR VIDA Y FICCIÓN
“Sólo porque una historia usa material de la vida del escritor, no puedes decir que es su vida, o que la narradora es ella. Tan pronto como seleccionas el material vital, lo organizas y lo escribes de manera estilizada, ya no es realmente idéntico a esa vida y esa persona. No es una imagen completa”, asegura Davis, que en su día tuvo que salir al paso de quienes interpretaron esta novela como un velado retrato de su matrimonio con Paul Auster